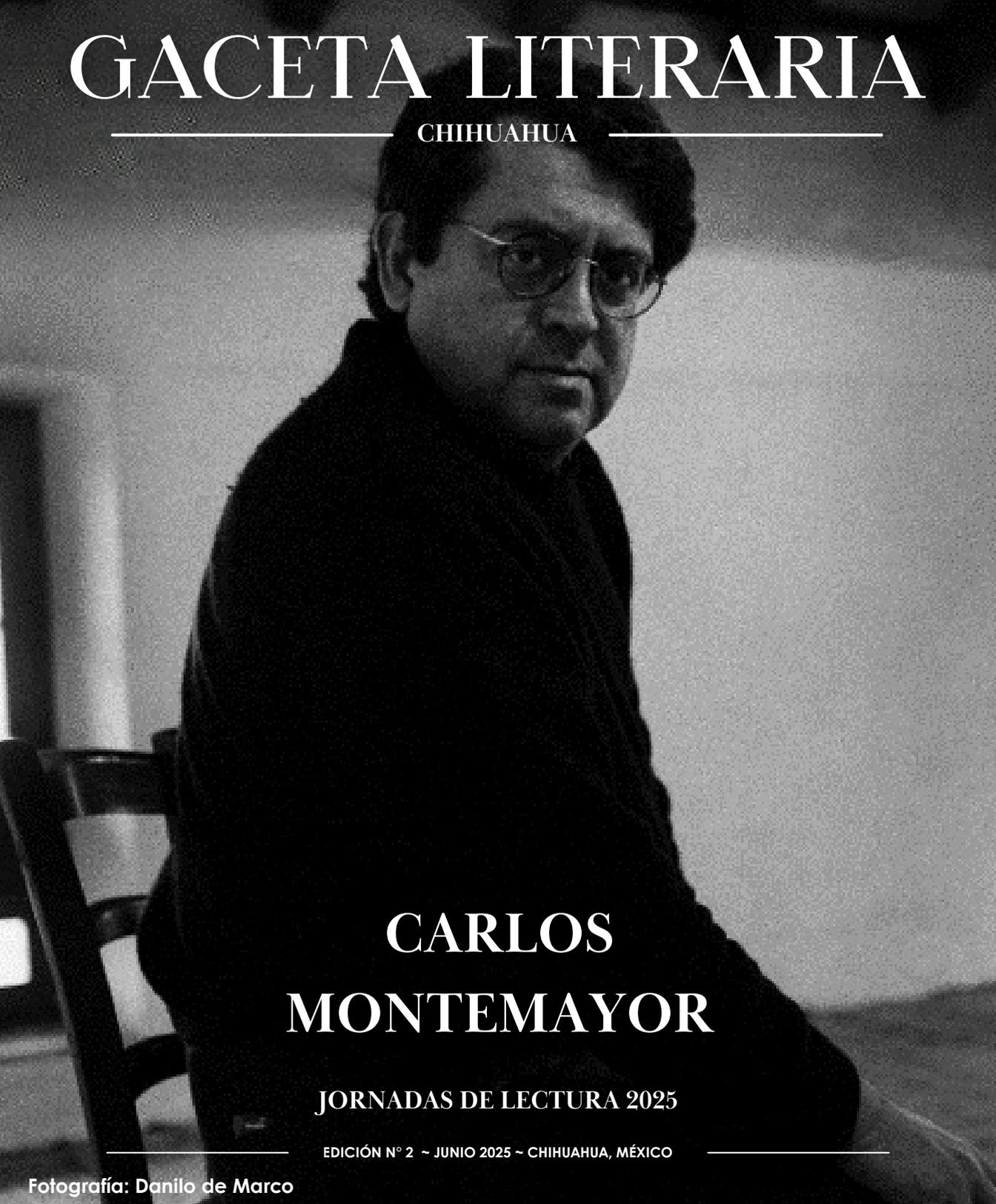


# GACETA LITERARIA

CHIHUAHUA



## CARLOS MONTEMAYOR

JORNADAS DE LECTURA 2025

EDICIÓN N° 2 ~ JUNIO 2025 ~ CHIHUAHUA, MÉXICO

Fotografía: Danilo de Marco

# SEMBLANZAS



**Victoria Montemayor Galicia**  
Colaboradora Literaria

Maestra en Humanidades por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Ha participado en Congresos nacionales e internacionales de poesía de los Siglos de Oro, literatura europea, mexicana e hispanoamericana. Colaboradora en las revistas "Círculo de poesía", "Voces de papel", y "Estilo Mápula". Ha impartido cursos y talleres sobre Arte y literatura europea. Autora del libro "Petrarca y la poesía del Renacimiento", publicado por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Catedrática de literatura española e italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de la UACH. Recientemente concluyó los créditos del Doctorado en Educación, Artes y Humanidades en la UACH y actualmente es la coordinadora de la licenciatura en Letras Hispanoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras



**Nithia Castorena Sáenz**  
Colaboradora Literaria

Escritora e historiadora. Profesora e investigadora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Desde 2023 es integrante del Sistema Nacional de Investigación nivel Candidata. Coordinadora de la Cátedra UNESCO Ciudadanía activa por la paz en el norte de México.

Premio Nacional a la mejor tesis de Doctorado, por la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (2023). Segundo lugar, del concurso Internacional de tesis de Doctorado convocado por ALEO (2023). Premio Chihuahua en el área de investigación en humanidades en 2017, por su trabajo "Estaban ahí. Las mujeres en los grupos armados de Chihuahua (1965-1972)", el cual fue publicado por la UACJ y la Secretaría de Cultura en 2019.



**Javier Horacio Contreras Orozco**  
Colaborador literario

Javier Horacio Contreras Orozco (1956, Chihuahua, México) es egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua con maestría en Comunicación por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y doctorado en Información por la Universidad de la Laguna, Tenerife, España. Maestro por más de 45 años en la Universidad Autónoma de Chihuahua, Candidato al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnologías. Ha ejercido el periodismo por más de cuatro décadas. Fue director general por 25 años del Heraldo de Chihuahua y desempeñó otros cargos en varios medios de comunicación. Ha participado en congresos nacionales e internacionales sobre comunicación con ponencias y es invitado por la Universidad de Sevilla como sinodal en defensa de tesis doctorales. Ha publicado 19 libros con temas relacionados al papel de las redes sociales, estrategias de comunicación del narcotráfico, trabajos de investigación sobre las guerrillas en el estado de Chihuahua, así como la biografía del primer santo chihuahuense. El ejercicio del periodismo y de la academia como la publicación de artículos de divulgación y libros lo ha desarrollado desde 1977 a la fecha. Columnista dominical "Entre Redes" del Diario de Chihuahua. Maestro en la escuela de periodismo sobre comunicación política, geopolítica, propaganda y persuasión, redes sociales y democracia. Actualmente es director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua.



**Gabriel White**  
Colaboradora Literaria

Gestora cultural y fotógrafa independiente originaria del estado de Chihuahua. Actualmente coordina el Centro Cultural Casa Grande, donde impulsa proyectos comunitarios, talleres artísticos y programas de formación para jóvenes y niñas/os. Su trabajo se caracteriza por el compromiso con la memoria, la identidad y la participación activa de las comunidades, apostando siempre por una cultura accesible, crítica y transformadora.



**Carlos Franco  
Castillo**  
Colaborador Literario

Maestro en Investigación Humanística por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Cuenta con dos licenciaturas por la misma universidad, en Periodismo y Letras Españolas. Actualmente trabaja como encargado de comunicación en el Archivo General del Estado de Chihuahua. Fue Jefe del Archivo Histórico Municipal de Hidalgo del Parral durante cerca de un año y medio del 2022 al 2023. Como docente ha impartido clases en la Normal Superior José E. Medrano Unidad Parral en la Licenciatura en la Universidad Pedagógica Nacional de Chihuahua Unidad Parral y el Instituto de Investigaciones Sociales de Chihuahua. Cómo periodista se ha desempeñado como editor y colaborador en el medio digital Ecos de la Noticia y fue reportero en el Sol de Parral. Cuenta con publicaciones e investigaciones sobre literatura local, así como artículos de divulgación histórica tanto en el Heraldo en la Sección Memorias de Chihuahua como en dos libros editados por la Secretaría de Cultura de Gobierno del Estado, el primero dedicado al bicentenario del Estado de Chihuahua y el segundo de la colección Raíz del Desierto en su cuarta entrega sobre la región sur del estado



**Javier Armendáriz  
Gómez**  
Colaborador Literario

(Hidalgo del Parral, Chihuahua 1994). Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Fue reportero entre 2017 y 2020 para el diario tapatío El Informador. Obtuvo el Premio de Ciencia Ficción José María Mendiola en 2014 y el Premio Estatal de Literatura Joven Nellie Campobello en 2021, este último otorgado por el Gobierno de Chihuahua por su colección de cuentos Golpes al aire en una habitación vacía. En 2024 ganó la primera edición del Premio Oculus, convocado por Editorial Inefable, con La tierra clama nuestros nombres, su primera novela. Ese mismo año se le otorgó la beca Jóvenes Creadores del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC, antes FONCA) en la categoría de Novela. Radica en Guadalajara, Jalisco.



**Luis Gerardo Prieto  
Ramírez**  
Colaborador Literario

Periodista e historiador egresado de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Ha participado como ponente en encuentros regionales y nacionales de estudiantes de Historia con trabajos que abordan la temática del Imperio de Maximiliano de Habsburgo y la Intervención Francesa en el estado de Chihuahua. En el 2017 fue reconocido con el Premio Estatal de Periodismo “José Vasconcelos” al obtener el primer lugar en la categoría de crónica. De 2021 al 2022 fue titular del Archivo Histórico del Municipio de Hidalgo del Parral y participó en el proyecto editorial “Memorias de Chihuahua”. Actualmente se desempeña como subdirector del periódico El Sol de Parral.



**Carlos Manuel Cruz  
Meza**  
Colaborador Literario

Carlos Manuel Cruz Meza (Xalapa, Veracruz, 1973) es escritor, periodista y criminólogo. Estudió Letras Españolas en la Universidad Veracruzana y Criminología en el CLEU. Ha sido galardonado con diversos premios nacionales, entre ellos el Premio Bellas Artes de Crónica Literaria “Carlos Montemayor” (2024) por su obra Ensayo para mi ceguera, el Premio Bellas Artes de Dramaturgia “Luisa Josefina Hernández” (2019), el Premio Nacional de Periodismo (2015), y el Premio Nacional de Crónica “Beatriz Espejo” (2019). Es autor de 18 libros, entre ellos Monstruos entre nosotros, Esta es mi sangre, Historia de la muerte en México y Crónicas de la gran oscuridad. Ha colaborado en medios como Tierra Adentro, El Universal, Milenio y La Palabra y el Hombre. Es creador del proyecto interdisciplinario Escrito con Sangre, centrado en el estudio de los asesinos. Ha dictado conferencias en instituciones como la UNAM, la Universidad Veracruzana y el INACIPE, y ha participado en investigaciones sobre feminicidio y violencia de género en México.



**Raúl Aníbal Sánchez  
Vargas**  
Colaborador Literario

Autor de novelas, ensayo y varios libros de cuento y poesía, entre los que destacan: “Esta noche llegan las perseidas” (Planeta, 2023) y “Flor de santos” (Malabar, 2023), este último merecedor del Premio Chihuahua 2019. Su novela más reciente es “Sobre el dolor, el miedo, el amor” (Secretaría de cultura federal, 2023) y el libro de ensayos “Palabras llenas de fantasmas” (Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2024).



**Anqi Huang**  
Colaboradora Literaria

Estudiante china de Letras Españolas en intercambio en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Desde que llegó a México, me enamoré de su cultura vibrante, sus tradiciones llenas de color y la calidez de su gente. Como apasionada de los idiomas, analizo las obras literarias mexicanas desde una perspectiva comparativa, buscando conexiones entre mis raíces chinas y este nuevo mundo. Disfruto compartiendo mi cultura mientras aprendo de los sabores, historias y costumbres locales. Para mí, cada día en Chihuahua es un descubrimiento: desde los paisajes desérticos hasta las charlas sobre Carlos Montemayor en clase. ¡Estoy viviendo mi sueño de unir dos mundos a través de las letras!



**Devany Daniela Tena Rodríguez**  
Colaboradora literaria

Nacida el 14 de junio de 2010 en Anáhuac, Chihuahua, actualmente tiene 14 años. Desde 2016 reside en Ciudad Madera, aunque ha vivido en lugares como Chihuahua, La Mesa del Huracán y Basasachi. Cursó el kínder en el Hellen Keller y el primer grado de primaria en la Escuela Miguel Hidalgo, ambas en La Mesa del Huracán. Posteriormente, se trasladó a Ciudad Madera, donde continuó sus estudios en la Escuela Primaria Abraham González #2228, de la cual egresó en 2022. Ingresó a la Secundaria Técnica #11, pero tras dos meses se cambió a la Secundaria Estatal Guadalupe Victoria #3029, donde actualmente estudia. Ha participado en concursos de escolta, el programa "Don Quijote te invita a leer", ha formado parte del cuadro de honor con un promedio de 9.8 y ha integrado la planilla estudiantil. Está próxima a egresar de la secundaria e ingresar a la Preparatoria María Luisa Delgado No. 8408.



**José Antonio García Pérez**  
Colaborador Literario

Académico y autor mexicano especializado en literatura española. Es licenciado en Letras Españolas, maestro en Educación Superior y doctor en Educación por la Universidad Autónoma de Chihuahua. También cursó la maestría en Filosofía de la Cultura en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Tiene numerosas publicaciones entre 2004 y 2022, incluyendo el poemario "Haiku: Bonsai de Poesía", los cuentos "Textiario" y colaboraciones en "Los colores del recuerdo" y "Zombis Letrantes". Ha escrito varios artículos sobre periodismo y literatura, movimientos sociales y narrativa en videojuegos.

Con 36 años de experiencia docente, ha impartido materias como Filosofía del Arte, Taller de Periodismo, Didáctica de la Literatura y Gestión Cultural.



**Fabiola González**  
Colaboradora literaria

Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Veracruzana, con diplomado en Periodismo por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y el CLAEP. Inició su trayectoria como correctora de estilo en los periódicos Política y Diario AZ en Xalapa, Veracruz, y ha colaborado en diversos medios impresos y digitales. Fue directora editorial de Presencia.MX y reportera en el Diario de Xalapa. Apasionada del heavy metal, la cultura y las artes, combina su formación profesional con una mirada crítica y sensible hacia el quehacer periodístico.

# ÍNDICE

www.vocesdemiregion.com | JUNIO 2025

<b>EVOcando A CARLOS MONTEMAYOR ACEVES</b> Victoria Montemayor Galicia	<b>6</b>	<b>PARALELISMOS SIMBÓLICOS Y ESPACIALES EN EL CUENTO “NORA” DE LAS LLAVES DE URGELL DE CARLOS MONTEMAYOR</b> Carlos Franco Castillo	<b>30</b>
<b>LA TIERRA DA HIJOS A LA ALTURA DE LOS LARES</b> Dr. Javier H. Contreras Orozco	<b>9</b>	<b>“EL UMBRAL DE ABRIL”</b> José Antonio García Pérez	<b>34</b>
<b>LA LECCIÓN OCULTA DE MONTEMAYOR</b> Raúl Aníbal Sánchez Vargas	<b>12</b>	<b>ENTREVISTA CON CARLOS MANUEL CRUZ MEZA SOBRE EL PREMIO DE CRÓNICA LITERARIA CARLOS MONTEMAYOR</b> Fabiola González	<b>37</b>
<b>UNA FUGA, UNA AMISTAD Y LAS RISAS QUE PERSISTEN</b> Nithia Castorena-Sáenz	<b>15</b>		
<b>LA NECESIDAD DE LA MEMORIA</b> Javier Armendáriz	<b>19</b>		
<b>EL ALBA COMO RECURSO EN LA NARRATIVA DE CARLOS MONTEMAYOR</b> Anqi Huang	<b>22</b>		
<b>LAS MUJERES DEL ALBA: LA MEMORIA INSURGENTE DESDE LA TERNURA</b> Gabriel White	<b>25</b>		
<b>LA REVOLUCIÓN SILENCIOSA DE LAS MUJERES</b> Devany Daniela Tena Rodríguez	<b>27</b>		
<b>PARRAL Y EL ORIGEN DE LAS COSAS EN LA POÉTICA DE CARLOS MONTEMAYOR</b> Luis G. Prieto Ramírez	<b>28</b>		



REVISTA DE CULTURA - CUU

Es una producción de



vocesdemiregion.com

 Voces de mi Región  vocesdemiregion

 6141553031  vocesdemiregion@live.com.mx

# EVOCANDO A CARLOS MONTEMAYOR

## ACEVES

Victoria Montemayor Galicia

El pasado 28 de febrero en la hermosa ciudad de Parral se realizó un homenaje a mi padre Carlos Montemayor Aceves por parte del municipio, en el que se develó la placa que lleva su nombre en la escultura que otro gobierno se encargó de realizar en febrero 2021 en la plaza Guillermo Baca. Recordar a mi padre a 15 años de su partida aquí en su Parral adorado, evocar su memoria y su trayectoria son cuestiones que me llenan de orgullo y felicidad. Aunque parece que la vida se divide en un antes y un después de la muerte de un padre o algún ser querido. En mi padre tenía un refugio al que llegar, estar en sus brazos, ver su sonrisa y sus grandes ojos aceitunados me hacían sentir segura, sentir que todo estaría bien.

¿Qué les puedo decir sobre Carlos Montemayor? Hijo predilecto de Parral, humanista universal, hombre del Renacimiento en todas sus facetas, escritor, investigador, traductor, luchador social, impulsor de las lenguas indígenas, poeta, tenor y un gran chef. Escucharlo tocar el piano o cantar ópera era una de sus pasiones y a mí me fascinaba escucharlo cuando había oportunidad o cuando estudiaba con el pianista Antonio Bravo y nos deleitábamos escuchándolo Susana y yo en aquellas lejanas tardes de vino, baguettes y carnes frías. También recuerdo aquella vez que mi padre grababa sus primeros discos, el de canciones napolitanas o el de María Grever, y que tanto mis hermanas Alejandra, Jimena y yo pudimos acompañarlo en las grabaciones. Los invito a buscar y escucharlo en esta faceta de tenor que pocos conocen.



¿Qué les podría decir sobre Carlos Montemayor? Qué murió en el cumpleaños de mi abuelo, que gustaba de la carne, el chile pasado y el chicharrón en salsa verde. Que cantaba, tocaba el piano y la guitarra; que bebía vino tinto y que su bebida favorita era el whisky, que amaba cocinar carne y salmón a las hierbas finas o pasta a la bolognesa con su vasito de whisky. Que le gustaba la ópera, Puccini, Verdi, Bizet, la música clásica, Mozart, Beethoven, Grieg, Debussy. Que era un apasionado de los griegos y latinos. Que amaba la *Divina Comedia*, Shakespeare, los trovadores provenzales, los poetas chinos y que lo mismo sabía griego como maya, náhuatl, tzotzil, italiano, hebreo, alemán o francés. Que sabía sobre Cábala y la tradición hebrea.

De Carlos Montemayor se puede hablar desde diversas facetas o perspectivas de acuerdo con lo que se desea saber de él o de su obra.

Ensayo, traducción, poesía, cuento, novela, historia, fantasía, ficción. Si hablamos de la historia de Chihuahua, de Ciudad Madera o de Parral, ahí están sus novelas: *Las armas del alba*, *La fuga*, *Las mujeres del alba* y ahora la maravillosa película de Jimena Montemayor Loyo que amplía el panorama y que se presentó en Parral y en Chihuahua.

En diversos poemas de Montemayor la imagen de Parral está presente como en “Memoria”, en donde habla de su infancia y los años dorados en Parral, como su famoso poema Parral: “Subo al monte de mi pueblo/subo a la parte más alta del monte, encima de mis recuerdos, encima de mi vida” o, en las novelas *Mal de piedra* y *Minas del retorno*, en donde habla sobre la vida de los mineros o, *El alba y otros cuentos* en donde Montemayor narra la trágica inundación del 8 de septiembre de 1944 en su cuento “La tormenta”. Si queremos saber de guerrilla, ahí está la novela de *Guerra en el Paraíso* con la historia de Lucio Cabañas y es la primera obra sobre guerrilla en nuestro país, galardonada con el premio Colima en 1992 y hoy es un gran referente de nuestra historia. O el libro de ensayos *La guerrilla recurrente* o el análisis de *Chiapas la rebelión indígena*, o bien el cuento de ficción *Operativo en el trópico* o *el árbol de la vida* de Stephen Mariner ganador del Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional en 1993. Si el lector desea leer cuentos fantásticos, ahí están *Las llaves de Urgell* o *Cuentos gnósticos*, cuentos sobre ángeles, demonios, el desierto, Lilith, la edad media y el Renacimiento se concentran en esta obra.



Hoy me pregunto si mi actividad profesional tiene que ver con las pasiones heredadas, la transmisión del conocimiento y la investigación a la que mi padre dedicó toda su vida. Ahora que vuelvo a la *Iliada*, la *Odisea*, la *Eneida* y la *Divina Comedia*, me doy cuenta de que quizá esta pasión venga de haber visto a mi padre enamorado y seducido por los clásicos. Fue él quien me introdujo a este mundo de la literatura y el arte.



La muerte deja una herida que nunca sana. Cambian las emociones, la manera de percibir la ausencia del ser amado. Lo admiraba como escritor e intelectual; lo acompañé en algunas de sus conferencias, en las presentaciones de sus libros y sus discos; lo amaba y lo sigo amando como el padre amoroso, alegre y sabio; claro que me regañó varias veces, pero la esencia del ser maravilloso que fue conmigo la conservo en mi corazón y es lo que me anima a seguir. No ha sido fácil. Vivir al cobijo de una figura tan grande e importante siempre lleva sus riesgos.

Termino con mi cuento favorito del libro *Cuentos gnósticos* en el que Montemayor crea un personaje: M.O. Mortenay, que es una especie de proyección del escritor en los relatos. El cuento se titula “Canto”:

En la iglesia de Arcival, Puy-de-Dôme, al comenzar un invierno amaneció en la torre de un campanario un ángel que cantaba canciones dulcísimas, desconocidas, con las palabras más dulces e incomprensibles. Cantaba días enteros con la misma dulzura y no cansaba oírlo. No probaba alimento, permanecía en la misma postura, sin notar el templo ni el pueblo, y era imposible hallar fatiga en su voz. Los domingos, toda la población permanecía fuera de la iglesia sin comer, oyéndolo hasta que oscurecía. El ángel había llegado ahí por error, perdido, confundido por el frío o por la noche. Poco antes que empezara a sentirse la primavera, el ángel desapareció, a media noche; un murmullo como de abejas al principio, y después como de ángeles riéndose, hablando, interrumpió la noche. Amaneció más temprano, con el aire menos frío, más despejado, con el cielo abierto, azul.

# LA TIERRA DA HIJOS A LA ALTURA DE LOS LARES

Dr. Javier H. Contreras Orozco



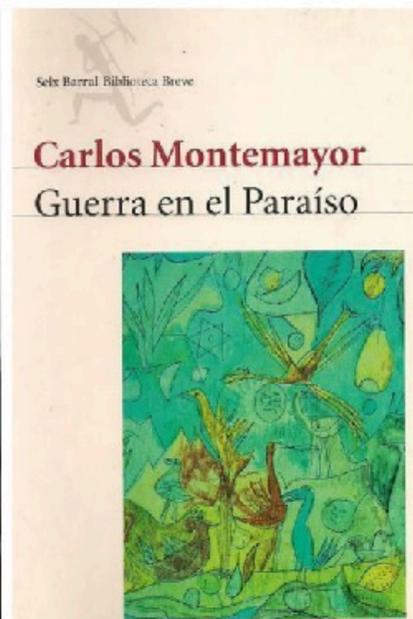
Chihuahua, con su grandeza de territorio y de gente, con su desierto amplio y arenoso, sus bosques arbolados de pinos que casi tocan el cielo, sus montañas que crean el escenario sinuoso y escarpado, pero perfecto para dar cobijo a mujeres y hombres curtidos por el sol y el viento que procrean cada determinado ciclo a personas brillantes y creativas que trascienden el tiempo, la distancia y el ingenio.

Aquí, en esta tierra de mineros, gambusinos de estrellas y sueños, habitantes del epicentro mundial, fue la cuna de Carlos Montemayor que dominó el arte, vocación e inspiración por escribir. Muy pocos gozan de este carisma.

Fue poeta, crítico, cuentista, novelista, escritor, traductor, ensayista, historiador y como hobby y amor al arte, tenor, en su expresión pasional por la música.

De antecedentes liberales por su abuelo masón, de convicciones sociales y aspirante a justiciero, inquieto desde muy joven, destacó en diferentes géneros, entrando a la historiografía de México, indagando e interpretando serios análisis de movimientos guerrilleros de los 70's y los 80's.

*La Guerra en el Paraíso* fue una obra magna sobre las guerrillas de México que destapó una inconformidad en zonas rurales, desde la perspectiva de un urbano en la guerrilla recurrente.



En *Guerra en el Paraíso* Montemayor logró revelar enfrentamientos y emboscadas entre los insurgentes y el ejército mexicano, y relatar el secuestro por más de tres meses en la sierra de Atoyac, del senador y precandidato a la gubernatura de Guerrero, Rubén Figueroa, realizando así una novela incómoda para el gobierno.

Profundizó con la magia de su pluma en el levantamiento armado icónico de Chihuahua en septiembre de 1965 en el ataque al cuartel de Ciudad Madera, con el acopio de testimonios de protagonistas que le contaron su historia y él hizo de esa historia, una epopeya en *Las armas del alba*. Abrió las puertas a las mujeres que participaron en ese hecho histórico, logró un enfoque serio, más que anecdótico, de movimientos sociales que aportarían su grano de cambio en el México de entonces, con *Las mujeres del alba*.

De sus estudios e investigaciones sobre movimientos sociales y guerrillas, destacaba el hilo conductor de lo oculto y clandestino, que es un reto para los historiadores y novelistas, develar lo oculto a hacer público lo secreto.

Otra cualidad de muy pocos, fue su gusto y dominio de varios idiomas, desde latín, griego, hebreo, así como traductor de diez lenguas indígenas. El ser políglota le daba una cosmovisión para entender las grandes civilizaciones de los griegos y contrastarlas con las visiones fabulosas de los indígenas. Este reto no fue fácil. Para discriminar las diferencias entre cuento y ensayo, poesía o dramaturgia en el cosmos indígena, escribió que la fuerte carga de tradición oral propició el surgimiento de un arte narrativo de contenido histórico, medicinal o religioso, que aproxima el trabajo de la narración artística, a la de la investigación histórica o antropológica.



En realidad, desde la perspectiva indígena no hay una clara demarcación entre lo que es un cuento literario y el conocimiento o información de una tradición cultural de las comunidades; es decir, no siempre es posible hablar de un relato de creación pura o ficción, ya que toda ficción es una información tradicional y por lo tanto de valor histórico o tradicional, esto es no ficticio. Era común su frase: "Las lenguas indígenas son nuestras lenguas".

El otro gusto y don era la música, a la que se refería que el canto le servía para reflexionar, sobre todo en los momentos en que le rondaba la angustia, cuando estaba escribiendo una novela y le llegaba el momento en que todo se empantanaba o dejaba de fluir, entonces, la música lo salvaba.

Carlos Montemayor fue integrante del cártel de Chihuahua, como llamaban al grupo de escritores chihuahuenses radicados en la capital del país, donde lograron darles brillo a las letras mexicanas, crearon y recrearon, compusieron y escribieron para ellos y para todos. Dejaron las huellas del Chihuahua bronco y norteño, que no por tener piel agrietada y seca por la eterna sed del desierto, brotaron de sus manos y de su corazón, las flores y los frutos. Recordamos un año más del silencio de Carlos Montemayor, desde la capital del mundo, desde su terruño le recordamos con emoción y cariño a quien honró a Parral con orgullo de ser parralense.

# LA LECCIÓN OCULTA DE MONTEMAYOR

---

Raúl Aníbal Sánchez Vargas

Yo a Carlos Montemayor nunca le conocí personalmente, pero he conocido muchas personas que siempre lo recordaron de forma especial. Mi madre, para empezar, algunos profesores queridos como Hugo Hiriart, o nuestro desaparecido Enrique Servín. El nombre pues, y los libros, andaban siempre por ahí a mi alrededor, y tanto títulos como anécdotas eran pronunciadas siempre a través de la admiración o la sonrisa. Sin embargo, un poema suyo me ha acompañado durante muchos años, como una especie de predestinación.

El taller de Enrique Servín conoció gran número de iteraciones y fue siempre diverso, sin temor a la edad de los participantes o su procedencia, de ahí que marcara a su manera la literatura chihuahuense desde algunas décadas atrás, hasta muchachos y muchachas que hoy en día apenas comienzan a publicar. Yo mismo fui a parar ahí a los 16 años, en alguna de sus múltiples versiones. Alguna vez en ese taller Enrique nos entregó “Arte poética”, de Carlos Montemayor, un poema que junto a algunos otros textos, gustaba siempre de obsequiar. Ahí brillaba la poesía de Montemayor, cerca de los sonetos de Borges y Quevedo, o junto a la puntual transparencia retórica de Cavafis. Enrique colocaba en la misma línea este poema, al cual nos acercábamos a la vez reverentes y entusiastas: “Cuando mi hijo come fruta, o bebe agua, o se baña en un río,/ sólo dice que come fruta, o bebe agua, o que se baña en el río./ Por eso ríe cuando leo mis poemas”.



Desde aquellos años comprendía yo la lucha y la delicadeza, esa combinación entre el agradecimiento y el despecho que es usual entre poetas. Cuando leía “Arte Poética” entendía yo el pulso de la voluntad de quienes solo tienen las palabras. Las palabras son todo, me decía, y no alcanzan para pronunciarlo todo: no el amor ni la tristeza, el empeño diario, la decepción y la esperanza, apenas si pueden de vez en cuando referir ciertos asuntos. A la vez, las palabras son más que todo, podemos soñar con una combinación secreta de ellas que nos acerque a lo inefable, o acaso una novedosa y pertinente; las palabras son el medio nuestro, humano, laico y mundano de la revelación: “Mas cierta vez, comiendo un persimonio de mi pueblo/ dijo sin darse cuenta que sabía como a durazno y ciruela./ Porque desconocía esa fruta/ no dijo lo que era, sino cómo era”.

Tal vez por eso este poema me acompañó durante muchos años. Así recuerdo ver caer la nieve por mi ventana y los cerros de Chihuahua cubiertos de blancura, así recuerdo las mañanas de la Ciudad de México, grises y húmedas como si la ciudad hubiese robado al bosque y el lago su lenguaje. Creí entenderlo entonces y creí que me hablaba con cierta dirección: "No comprende aún que así hablo yo,/ que trato de comprender lo que desconozco y que intento decirlo a pesar de todo,/ como si ignorar fuese también una forma de comprender [...]".

La poesía, me decía yo entonces, a través de los años, surge de ese intento de nombrar lo que no se comprende del todo, lo que escapa a las definiciones fáciles: "como si ignorar fuese también una forma de comprender". Esta aparente paradoja sugiere que la duda, el no saber, puede ser un motor para una comprensión más profunda y matizada. Que el asombro es una epistemología, que la duda y el error son un paso de la fe. El poema cierra con una afirmación que parece reconciliar la complejidad del arte poético con la simplicidad de la experiencia directa: "Es, a mi modo, como decir, / que bebo agua, o como una fruta, o que me baño en un río". A pesar de la complejidad de los temas que aborda "Arte poética" (ira, esperanza, desdicha), la voz lírica aspira a que su decir poético, en su esencia más profunda, tenga la misma verdad y autenticidad que la simple enunciación de los actos vitales. Busca que su lenguaje, aunque elaborado, conecte con esa experiencia fundamental de estar vivo.



¿Un tema a la vez terrible y hermoso, no? Ese tema de la poesía y la vida, el fundamental abismo que los separa y la telaraña que, a veces, podemos construir para salvar la distancia proverbial entre las palabras y las cosas. Pero ahora mientras redacto, a mis 41 años, con un hijo pequeño que apenas si pronuncia monosílabos mientras camina golpeando entre sí los objetos que encuentra a su paso para escuchar su sonido distintivo, descubro que tal vez he estado equivocado más de 20 años.



El mundo no es cognoscible, en caso de que lo fuera, es imposible de ser descrito. El Arte Poética es el asombro de las cosas como son, de su aparecer implacable en el mundo, superior a todo balbuceo. La inocencia de los seres y las cosas es su presente interminable. Y la lección oculta de la poesía de Carlos Montemayor no es una forma de decir, sino una forma de excavar. El Arte Poética no es el discurso, lo que aparentemente razona, sino el poema mismo como herramienta. La luz que se abre en el entendimiento al terminar de leerlo es la luz misma de la infancia: el asombro nos permite volver a nombrar por un segundo, compañeros de la inocencia de los seres y las cosas.

Así, la "Arte poética" de Montemayor se revela no como un manual de instrucciones para decir, sino como la bitácora de un explorador que, al igual que su hijo ante el persimonio, o el mío golpeando objetos, busca desentrañar la esencia sonora y táctil del mundo. Esa "excavación" poética nos devuelve a la sorpresa original, al instante prístino donde nombrar no es etiquetar, sino descubrir.

Quizás esa sea la herencia más viva de Montemayor y la lección perenne de su poema: que la poesía, más que construir discursos, nos ofrece la pala y la linterna para reencontrarnos, una y otra vez, con el asombro fundamental de estar aquí, balbuceando junto a la inmensidad.

# UNA FUGA, UNA AMISTAD Y LAS RISAS QUE PERSISTEN

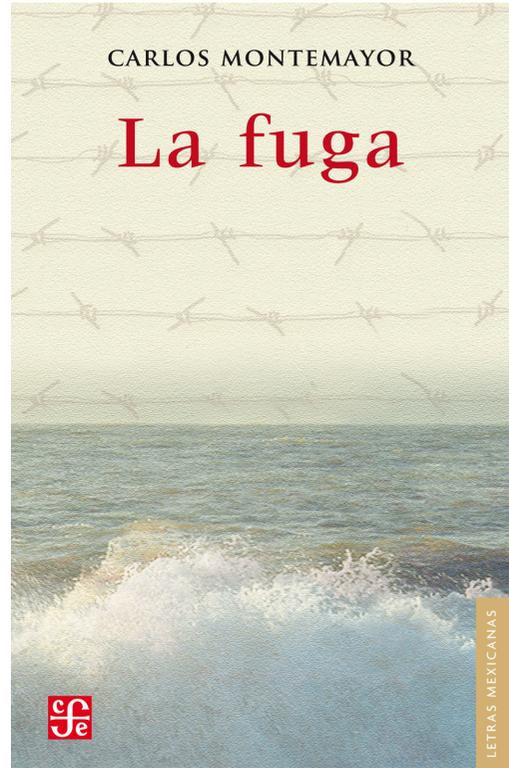
Nithia Castorena-Sáenz

En 2010 Carlos Montemayor presentó su novela “La Fuga” en el auditorio de lo que entonces era el Supremo Tribunal de Justicia en la esquina de la Av. Venustiano Carranza y C. Allende, en el centro de la Ciudad de Chihuahua.

En esta novela relata nada más y nada menos que una fuga: el escape de Ramón Mendoza de una de las cárceles de alta seguridad más emblemáticas de México: las Islas Marías.

Esta cárcel, ubicada en el océano Pacífico a la altura del estado de Nayarit, estuvo en operaciones desde 1905 y hasta que, en marzo del 2019 durante el discurso de los primeros 100 días de su gobierno, el entonces presidente Andrés Manuel López Obrador; anunció el cierre de esta prisión.

Ramón Mendoza campesino originario de la zona de Madera, perteneció al Grupo Popular Guerrillero que llevó a cabo el asalto al cuartel de Madera la madrugada del 23 de septiembre de 1965. Aquel día murieron 8 combatientes: Arturo Gámiz García, Pablo Gómez Ramírez, Miguel Quiñones Pedroza, Antonio Scobell Gaytán, Óscar Sandoval Salinas, Rafael Martínez Valdivia, Emilio Gámiz García y Salomón Gaytán Aguirre. El grupo había sido descubierto y al momento de iniciar el ataque al cuartel, sufrió una emboscada. Sólo cinco de sus integrantes lograron



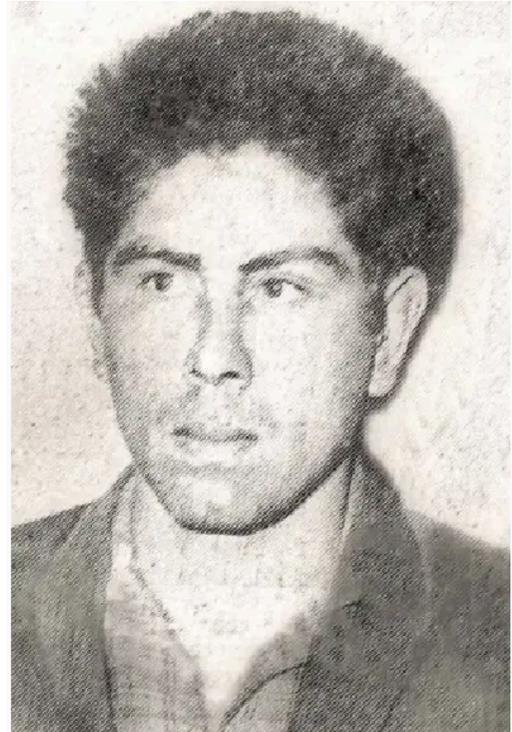
escapar: Guadalupe Scobell Gaytán, José Juan Fernández Adame, Florencio Lugo Hernández, Francisco Ornelas Gómez y, por supuesto, Ramón Mendoza Torres. Ese escape cobra aún más significado pues tuvieron tras de sí alrededor de 1,000 paracaidistas que descendieron en la parte alta de la sierra, buscándolos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Según notas de los periódicos El Universal, El Norte y El Heraldo de Chihuahua, los días 24, 25 y 26 de Septiembre de 1965, citados en Andrés F. Híjar, *The myth of Madera*, Tesis de Maestría en artes, Universidad de Texas en El Paso, 2004, p.3.

No hay certeza sobre cómo se descubrieron los planes del GPG, sin embargo, es posible que haya ocurrido a través de uno de sus entrenadores militares. Incluso una de las asistentes a dichos entrenamientos sospecha de él debido a lo insuficientes que le parecían dichos entrenamientos: [Nota Lupita Jaccott, sobre que ni parque tenía].

“Esa madrugada les llegamos por ahí, por el sur. Procedimos a rodearlos [...] Tanteo que eran las 5:45, todavía oscuro. De lo que más me acuerdo es de las muchas ganas de pelear que yo llevaba”, le contaría Ramón Mendoza a Blanche Petrich en una entrevista que le dio en el año 2000. Como puede advertirse del conteo de muertos y sobrevivientes, aquello fue un episodio atroz de uso excesivo de la fuerza frente a un puñado de hombres que en un acto desesperado, luego de muchos años de involucrarse en luchas por las vías legales, habían decidido pasar a las armas para la continuidad de su búsqueda de justicia. Sobre su escape aquel 23 de septiembre de Madera, Ramón contó:

“Ya estaba todo perdido cuando decidimos retroceder. Pero ya no se podía. Los que quedábamos vivos estábamos rodeados. A mí me salvó que en ese momento pasó el tren. Me fui parapetando detrás de las ruedas de la máquina y un *garrotero* me echó una ayudada. Pasé del otro lado y corrí la llanura a campo traviesa. Cuando llegué al lugar donde habíamos acordado reunirnos sólo estaba el Lupe Scobell, hostigado por cinco o seis soldados, atrincherado detrás de un pino. Juntos repelimos y logramos hacerlos retroceder por lo menos el tiempo necesario de llegar hasta la sierra.



Ramón Mendoza

Ahí ya nos remontamos y no nos dieron alcance.”<sup>3</sup>

Amén de lo atroz de la situación del GPG en el asalto al cuartel de Madera, Ramón no paró ahí en su lucha. El campesino insistió hasta sus últimos días que, a pesar de no haber tenido estudios, estaba al tanto de la situación de injusticia que vivían, pues se veía “clara”. Así, él se integraría con la organización armada que continuó Óscar González Eguarte retomando las enseñanzas de Arturo Gámiz. Ese nuevo grupo se conocería como Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz (GPGAG).

---

<sup>2</sup>Petrich, Blanche (25 de septiembre del 2000) “Ciudad Madera, un legado con raíz viva” en *La Jornada*. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2000/09/25/006n1gen.html>

<sup>3</sup>*Ibidem*.

Ramón Mendoza participaría en la gestación de este nuevo Grupo, sin embargo, ya no lo haría en su operación pues estaba preso en las Islas Marías. Este juicio en su contra se llevaría a cabo luego de una detención de la que serían víctimas él y Óscar González Eguiarte, por las calles de la Colonia Santa Rosa en la ciudad de Chihuahua. Serían llevados a las instalaciones de la entonces única Comandancia de Policía ubicada en la calle 4ª y Ochoa, y ahí, en complicidad, Ramón Mendoza haría todo para permitir la huida de Óscar González Eguiarte. En un informe de la Dirección Federal de Seguridad sobre el Movimiento 23 de Septiembre, estaría incluida una nota sobre la detención de Óscar González Eguiarte y Ramón Mendoza Torres, tras dar muerte a un oficial de barandilla en la ciudad de Chihuahua, en ocasión de su detención al portar armas y propaganda “subversiva”.<sup>4</sup>

Rememorando su detención, Ramón Mendoza contaría que acordó con González Eguiarte “‘Échame la culpa de todo. Yo pago para que tú te puedas pelar y seguir’. Así se hizo. Oscar salió libre en esa ocasión. Poco tiempo después sería brutalmente asesinado y Mendoza sentenciado a 24 años, más otros ocho, y luego otros cuatro, acusado de todo tipo de delitos. ‘Échenle más’, les decía socarrón a sus jueces. ‘Y es que cuando uno es luchador social se acarrea muchos problemas’” recordaría en aquella ocasión.

El mismo Ramón Mendoza, en una de las conmemoraciones del Asalto al Cuartel de Madera, contaría que después de pasar dos

años en la penitenciaría de Chihuahua, sería enviado a las Islas Marías. Y que “apenas llegó, empezó a planear su fuga”. Él nunca había visto el mar. Había logrado escapar de las garras del ejército, pero en un territorio que le era propio y personal: la sierra, las llanuras; pero ahí todo era diferente, rodeado de agua salada, en condiciones completamente desconocidas hasta ese momento. Haría migas con un tabasqueño al que Montemayor llamó en su novela “Mono Blanco”. Ramón Mendoza con un pensamiento estratégico dada su experiencia en grupos armados, se habría sentido atraído hacia la seriedad y reserva de este personaje, pero, sobre todo, era alguien que sabía del mar.

La novela relata cómo ambos personajes comenzaron con un plan para su huida de las Islas Marías por la única vía que eso era posible: el mar. Así, habrán iniciado con el tallado de una canoa, mismo que sólo podía realizarse durante la noche y debían ser meticulosos en la limpieza del espacio que utilizaban para trabajar de modo que los guardias no sospecharan. La última ronda de guardias se hacía en aquel recinto penitenciario a las 11:00 de la noche, por lo que era a partir de esa hora que el trabajo de tallado podía realizarse.

Se lanzaron al mar una noche. Mono Blanco le explicaría a Ramón Mendoza que estaban a distancia de 90 nudos de tierra, sin que eso sirviera para que él se diera una idea de la distancia que eso implicaba. Cinco días con sus cinco noches les llevaría el recorrido. Sólo los primeros tres tuvieron suministro de agua. Alimentos no hubo.

---

<sup>4</sup>Informe de la Dirección Federal de Seguridad de enero de 1967. Este informe se dio a conocer más de 30 años después a partir de una entrega anónima en la revista de distribución nacional *Nexos*, para más véase “Archivos de Bucareli”, en *Nexos*, No. 246, junio 1998.

Varias veces vieron pasar los helicópteros que los buscaban, cuando eso ocurría se echaban encima una manta que lograba mimetizarlos con el color del mar. Los rodearon tiburones en una ocasión. Al final, esos cinco días con sus cinco noches concluyeron, y lograron llegar a las costas de Nayarit. Ahí entraron a tierra a través de un arroyo. Encontraron una milpa de maíz y soñaron que cada uno se comería veinte mazorcas. Apenas unas mordidas lograron dar pues tenían la garganta completamente lastimada por la deshidratación. Quemaduras por todo el cuerpo daban cuenta de sus días bajo el sol costeño.

Petrich relatará que “-Repuestos y libres, aunque a salto de mata, continuaron su camino”, sin embargo, Ramón Mendoza diría que ya acercándose a “[...] las fronteras con Sinaloa me di cuenta que era peligroso seguir juntos. Ahí me despedí del tabasqueño. Quién sabe qué habrá sido de él.”

Hasta el momento quedan claras las razones que tendría Carlos Montemayor para querer novelar la experiencia de vida de alguien como<sup>1</sup> Ramón Mendoza, pero me interesa rescatar especialmente la forma que tuvo de hacerlo: una serie de entrevistas que implicaron semanas de estancia en el rancho de Ramón Mendoza, en el corazón de la sierra tarahumara en el municipio de Madera. No puedo verlos, pero los imagino: pláticas en el patio de tierra de una casa de rancho, en sillas de Madera, tomando café o algún té de laurel para agarrar calorcito si ya estaba corriendo el otoño, o cualquier bebida fresca si era en medio del verano.

El cielo pardeando, los últimos ruidos de los animales que duermen cuando el sol se oculta. El trájín de la casa adentro. Un perro, o dos, a sus pies.

Pocas circunstancias de la vida urbana pueden emular los pactos peculiares que se realizan, muchas veces en silencio, en las zonas rurales. Propongo que el de Ramón Mendoza y Carlos Montemayor fue uno de esos.

Y lo hago a partir de lo que ocurrió en la presentación de “La Fuga”, en aquel ahora lejano 2010 en la ciudad de Chihuahua. Carlos contó que al terminar el primer borrador de la novela viajó a Madera, al rancho de Ramón Mendoza, para compartirle el resultado. Luego de algunas sesiones de lectura en la que Carlos le fue entregando los capítulos de esa historia, le preguntó a Ramón: “¿qué te parece Ramón? ¿coincide con lo que tú recuerdas?”, y éste respondió: “Pues ya no me acordaba, pero sí, así fue”.

La audiencia que estábamos ahí presentes, reímos. Ramón, que también estaba presente en la mesa de presentadores, también rio. Carlos también rio al terminar de contar la anécdota.

Poco tiempo después Ramón Mendoza moriría. Carlos Montemayor también. Pero quedan las risas.

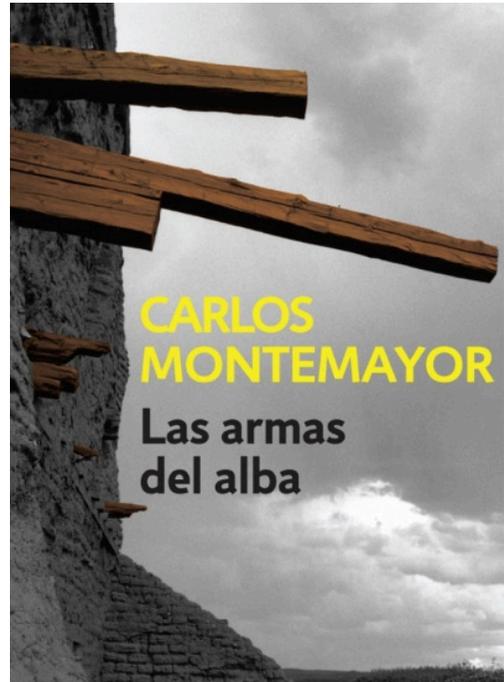
# LA NECESIDAD DE LA MEMORIA

Javier Armendáriz

La primera vez que escuché hablar de Carlos Montemayor fue en 2010, y la causa fue la noticia de su muerte. El descubrimiento de un escritor de relevancia nacional de origen parralense no fue un acontecimiento menor para mí, por aquel entonces un adolescente que apenas descubría y cimentaba su interés por el mundo a su alrededor. Volviendo la mirada atrás, me sorprende que su nombre y el de Nellie Campobello (otra figura de peso en el panteón de las letras mexicanas en cuya vida y obra Parral juega un papel crucial) nunca habían figurado hasta entonces en ninguna clase, evento o circunstancia durante aquellos cada vez más distantes años formativos. Pero la muerte tiene sus maneras de volver a poner a los fenecidos en la palestra, y Montemayor no fue la excepción.

Poco tiempo pasó después de su fallecimiento antes de que se instalara una placa en el cruce de la calle José María Arteaga y la Vialidad del Río (otros monumentos le han seguido desde entonces, como la estatua en su honor en la plaza Guillermo Baca) en Parral y que arrancaran las primeras actividades de las jornadas culturales que la Secretaría de Cultura lleva a cabo año con año en su memoria.

Con esto, Montemayor pasó a tomar una merecida posición en el imaginario colectivo parralense, o al menos esa fue mi percepción por aquél entonces. Esto venía acompañado de una idea simple pero alentadora: ahí está alguien que hizo cosas importantes, y es de aquí, de tu misma tierra.



He de confesar que no me enteré de qué eran esas “cosas importantes” sino hasta años después, durante mi etapa universitaria en Guadalajara. A pesar de que el nombre de Montemayor ahora era mencionado cada año durante las actividades en su memoria en Parral, lo cierto es que, entre tanto tamborazo y faramalla, no recuerdo haberme cruzado con un libro suyo en nuestro compartido sitio de origen. O, si acaso sucedió, no lo recuerdo, y de cualquier manera habría estado fuera de mi escuálido presupuesto. Por aquellos días, los puntos de acceso a la cultura en la Capital del Mundo eran escasos y con frecuencia inaccesibles para un adolescente.

Desconozco si esta situación ha cambiado en la década y media que ha transcurrido desde entonces. Pero, eventualmente, las constelaciones se alinearon y me vi ante su nombre en el lomo de un libro y con las monedas suficientes en el bolsillo para hacerme de él. Y así, por fin, pude conocer al Montemayor escritor a través de las páginas de *Las armas del alba*.

*Las armas del alba* narra en tono literario el verídico (y frustrado) asalto de un grupo guerrillero en 1965 contra el cuartel militar de Madera, Chihuahua. A lo largo de sus páginas nos sumergimos en las causas y tribulaciones del grupo de campesinos y maestros que tomaron las armas, cansados de la explotación caciquista y empresarial, durante una época en que el Estado mexicano se caracterizó por una lamentable disposición al derramamiento de la sangre de sus ciudadanos.

Probablemente nunca fui consciente en realidad del peso que las aportaciones de Montemayor tienen en la construcción de la Historia de México sino hasta el año pasado, cuando leí *La guerrilla recurrente*. Se trata de una compilación de una serie de artículos que el parralense publicó en diversos medios entre finales de los noventa y los años inmediatos antes de su muerte. Uno de dichos artículos, titulado “Rehacer la historia” y publicado originalmente en el 2000, hace un análisis pericial de una serie de materiales entonces recientemente desclasificados y filtrados relacionados con la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968.

Una de las grandes preguntas que históricamente han pesado alrededor de aquellos hechos era sobre quién caía la responsabilidad de iniciar el fuego que desencadenó la masacre. Al final de su texto, Montemayor presenta evidencias sólidas para concluir que la orden de asesinar a los estudiantes provino directamente de la oficina presidencial, encabezada por Gustavo Díaz Ordaz. A 25 años de estas revelaciones, conocer este hecho ya no posee un factor sorpresa. No obstante, no deja de ser relevante apuntar que fue un parralense quien tuvo una participación crucial en el esclarecimiento de uno de los capítulos oscuros con mayor presencia en el imaginario colectivo del país.

Además de Tlatelolco y Madera, Montemayor abordó en su trabajo otros capítulos de la historia mexicana e internacional que las narrativas institucionales preferirían olvidar, como lo fue la Guerra Sucia durante los años setenta, los levantamientos zapatistas en los noventa y la guerra contra el terror estadounidense a principios de los dosmiles. A la juventud contemporánea pudiera parecerle que estos momentos de la Historia corresponden a tiempos remotos que nada tienen que ver con su vida. Tal reacción sería natural, pues la arrogancia de creerse eterno e invulnerable es algo común y, a mi parecer, permisible y esperable en todo joven. El tiempo se encarga siempre y sin piedad de demostrar lo contrario. Hay un dicho popular que afirma que recordar es volver a vivir.



Hablar, decir, enunciar, es existir. Lo nunca dicho es como si nunca hubiera sucedido. La obra de Montemayor nos recuerda la necesidad y el derecho a no caer en el olvido. ¿No es el decir “yo estuve aquí y esto fue lo que viví” un deseo, una necesidad incluso, que en el fondo todos compartimos? Con su trabajo, Montemayor puso sobre sus hombros la responsabilidad de salvar de las sombras a aquellos que para el poder sería mejor que permanecieran en el olvido.

Con su muerte, Carlos Montemayor dejó un vacío enorme en el mundo del pensamiento mexicano. Su claridad se echa de menos en tiempos atribulados como los que vivimos. Fue un escritor cuya obra siempre estuvo orientada a explorar y nombrar las luchas de los agraviados y a señalar la brutalidad que el aparato institucional está dispuesto a ejercer para acallarlos. Recordar su nombre sin hacer este apunte es banalizar el trabajo de toda su vida.

# EL ALBA COMO RECURSO EN LA NARRATIVA DE CARLOS MONTEMAYOR

---

Anqi Huang



Las Mujeres Del Alba es una obra profundamente conmovedora que retrata la resistencia silenciosa de las mujeres en medio de un conflicto armado en el México rural. A través de las voces de Monserrat, Albertina y Estela, la novela explora cómo la guerra no solo se libra en el campo de batalla, sino también en los hogares, donde las mujeres deben enfrentar el miedo, la pérdida y la incertidumbre mientras protegen a sus familias.

La historia comienza con Monserrat, una madre que, al escuchar los primeros disparos, actúa con una serenidad aprendida a fuerza de dolor. Su marido, Salvador, ya le había advertido sobre lo que podría ocurrir, y ella, aunque aterrada, sigue sus instrucciones al pie de la letra: vestir a los niños, huir de la casa y esconderse.

Su fortaleza no reside en la ausencia de miedo, sino en su capacidad para actuar a pesar de él. En sus pensamientos, se percibe una resignación trágica: "Ya pasó lo que iba a pasar", como si el destino estuviera escrito y solo quedara resistir.

Albertina, por su parte, encarna la angustia de quien sabe que sus seres queridos están en peligro pero no puede hacer nada. Su diálogo con su hija revela la desesperación de una madre que teme por la vida de sus hermanos e hijos, mezclada con una rabia contenida hacia la violencia que los rodea. Su reflexión —Los hombres piensan que son los únicos que viven y mueren— es una crítica mordaz a la forma en que la guerra invisibiliza el sufrimiento de las mujeres, quienes cargan con las consecuencias mucho después de que cesan los disparos

Estela, la esposa del periodista Joly, representa otro tipo de lucha: la de quienes se quedan atrás, esperando noticias que podrían cambiar sus vidas para siempre. Su intento de convencer a su marido de no ir a la sierra, su preparación apresurada de café y huevos, y su mirada fija en la ventana mientras la ciudad duerme, todo transmite una tensión silenciosa. Su miedo no es solo por Joly, sino por el futuro incierto que enfrentará si él no regresa.

La novela, en su conjunto, es un testimonio de cómo las mujeres sostienen la vida en medio del caos. No son las que empuñan armas, pero son las que guardan la memoria, protegen a los hijos y mantienen viva la esperanza incluso cuando todo parece perdido. En este sentido, la obra encuentra ecos en la historia de China, donde durante los períodos de guerra y revolución, las mujeres también asumieron roles críticos —no siempre reconocidos— como guardianas de la familia y la comunidad.

El estilo narrativo, fragmentado y íntimo, permite que cada voz femenina revele una faceta distinta del conflicto. La repetición de imágenes como el frío, la lluvia y la oscuridad refuerza la atmósfera de desolación, mientras que pequeños gestos —un abrazo, una taza de café, una mirada— se convierten en actos de resistencia. La luz del alba, que da título al libro, aparece como un símbolo ambiguo: no es solo el fin de la noche, sino también el comienzo de un nuevo día lleno de desafíos.

En definitiva, *Las Mujeres Del Alba* es un recordatorio poderoso de que, en las guerras, hay historias que no se cuentan en los partes militares ni en los discursos heroicos. Son las historias de quienes recogen los pedazos, loran en silencio y siguen adelante porque no hay otra opción.

Y en eso, las mujeres de México y las de China, aunque separadas por océanos y culturas, se encuentran en un mismo territorio: el de la resiliencia frente a la adversidad.

*Las Armas Del Alba* es una narración intensa y visceral que sumerge al lector en el corazón de un ataque guerrillero contra un cuartel militar en el México rural. A diferencia de *Las Mujeres Del Alba*, que exploraba el conflicto desde la perspectiva femenina y doméstica, esta obra se centra en la acción inmediata, en los hombres que empuñan las armas y en el caos delabatala, donde cada decisión puede significar la vida o la muerte. La historia se despliega como un mosaico de voces y escenas que capturan los momentos críticos del asalto. Desde los guerrilleros apostados en distintos puntos estratégicos —la Casa Redonda, la iglesia, el terraplén del ferrocarril— hasta los soldados sorprendidos en sus barracas, la narrativa avanza con un ritmo frenético, casi cinematográfico. Los detalles son brutales en su precisión: el olor a pólvora, el sonido de las granadas estalando, la sangre que brota de las heridas, la luz del amanecer que ilumina escenas de violencia y resistencia.

Uno de los personajes centrales es Ramón Mendoza, cuyo instinto de supervivencia y destreza en el combate lo convierten en una figura clave. Sus reflexiones breves —como la extraña sensación de ser llamado antes de ver a los soldados avanzando por la laguna— añaden un matiz psicológico a la acción. También destacan las voces de Arturo Gámiz y Salomón Gaytán, líderes del ataque, cuyos gritos exhortando a la rendición contrastan con el caos que los rodea. En paralelo, la figura de Joly Bustos, el fotógrafo que se adentra en la zona de conflicto, introduce una mirada externa.



Su llegada en avioneta, su negociación con los soldados para aterrizar, y su rol como testigo documental plantean preguntas sobre la representación de la guerra: ¿quién cuenta estas historias? ¿Cómo se fijan en la memoria colectiva?

El amanecer, símbolo recurrente en ambas obras, aquí adquiere un tono ambiguo. No es solo un nuevo día, sino un testigo mudo de la violencia. Francisco Ornelas lo percibe como una "luz de metal incandescente" que todo lo devora, mientras que para los soldados y guerrilleros marca el momento crítico en que las sombras ya no los protegen.

La estructura fragmentada —con saltos entre diálogos telefónicos, escenas de combate y descripciones del paisaje— refleja la desorientación de la guerra. Los informes militares, llenos de términos como "gavilleros", chocan con la humanidad de los personajes: Florencio Lugo herido arrastrándose hacia los maizales, Lupito Escóbel protegiendo a sus compañeros, los

niños asomándose tras las ventanas de sus casas.

En comparación con *Las Mujeres Del Alba*, esta obra es más física y menos introspectiva, pero igualmente poderosa. Mientras las mujeres de la primera novela sufrían las consecuencias de la guerra en silencio, aquí los hombres enfrentan su mortalidad en el campo de batalla. Ambas perspectivas son necesarias para entender el costo humano de los conflictos armados.

Como testimonio literario, *Las Armas Del Alba* no glorifica la violencia; la desnuda. La sangre en la boca de un soldado muerto, el frío que Joly siente al aterrizar, el sol que ciega a Francisco Ornelas: todo converge en un retrato crudo de un amanecer que, lejos de traer esperanza, ilumina las cicatrices de una lucha desigual. Y en ese sentido, la obra trasciende su contexto mexicano para hablar de cualquier guerra, en cualquier lugar, donde la luz del alba solo revela lo que la noche intentó ocultar

# LAS MUJERES DEL ALBA: LA MEMORIA INSURGENTE DESDE LA TERNURA

Gabriel White

Hay madrugadas que no terminan de romper. Quedan suspendidas en la memoria, como una herida abierta entre la niebla de la historia. En la sierra de Chihuahua, un 23 de septiembre de 1965, la madrugada fue testigo de un estallido que trastocó para siempre el destino de este país: el asalto al cuartel militar de Ciudad Madera por un grupo de jóvenes guerrilleros. Lo que muchos llamaron un fracaso militar, fue, en verdad, el nacimiento de un grito colectivo que se atrevió a romper el silencio impuesto por los poderosos. Carlos Montemayor, nuestro cronista del alma profunda del norte, recogió ese grito, lo abrazó con palabras y lo convirtió en memoria viva a través de su novela *Las armas del alba*.

En esta obra, Montemayor se asoma a las entrañas del dolor humano con una escritura que late, que respira, que sangra. Sus personajes no solo cargan armas, también sueños. No solo marchan hacia la muerte, también hacia la dignidad. El autor, oriundo de Parral, supo mirar más allá de la historia oficial, y eligió un lugar incómodo: el del testigo comprometido, el del escritor que se mancha las manos con verdad. Su obra no glorifica la violencia; la comprende, la humaniza, la vuelve pregunta. ¿Qué fuerza empuja a un maestro rural a tomar las armas? ¿Qué abandono forma a un joven campesino para creer que morir por los suyos es el único camino?

Pero la memoria, como el río, tiene afluentes múltiples.



*Las mujeres del alba*, publicada de forma póstuma, amplía la historia desde una voz que había quedado al margen: la voz de las mujeres. Es allí donde Jimena Montemayor, hija del escritor, encuentra una resonancia íntima, casi espiritual. Su película *Mujeres del Alba* —inspirada tanto en *Las armas del alba* como en su secuela— se despliega como un canto coral donde el tiempo parece diluirse y el pasado arde con la luz de lo onírico.

La película, que llegó a Parral durante una noche de febrero, fue recibida como se recibe a los hijos que regresan con el corazón lleno de historias.



Jimena Montemayor

El teatro de cámara vibró con la presencia de su directora, con la memoria viva de Montemayor y con las imágenes que parecían brotar de la tierra misma. El cine, en manos de Jimena, se vuelve rito, evocación, homenaje. Las mujeres que habitan la pantalla no son sombras, son raíces. Ellas preservan, resisten, buscan, lloran, curan. Son parte del movimiento, no como musas ni acompañantes, sino como protagonistas de una lucha que también les pertenece.

En el universo visual de *Mujeres del Alba*, la guerrilla no es solo combate: es también silencio, tierra mojada, bosque que respira. La cámara de Jimena se mueve con delicadeza, como si cada plano fuera una oración, una súplica al olvido para que no vuelva. El realismo mágico se entreteteje con la crudeza del testimonio. Es la poesía del monte hablando por las que no pudieron contar su historia.

Hay una escena —una de tantas— en la que una mujer camina entre los árboles con una mirada poderosa; y sin decir palabra, lo dice todo: la pérdida, la espera, la dignidad.

El legado de Carlos Montemayor no solo se encuentra en sus libros o en los homenajes que año con año celebramos. Su legado está en la forma en que elegimos recordar, en la manera en que tejemos las historias de quienes fueron silenciados. Y si la novela histórica tiene algo que decirnos, es que la verdad no solo está en los hechos, sino en la forma de contarlos. Montemayor lo entendió con la lucidez de quien escribe desde la compasión y la rebeldía.

Hoy, gracias a la mirada sensible de su hija, la voz de las mujeres se convierte en faro en esta madrugada larga que es la historia de México. Porque también ellas son parte del alba. Porque también sus armas fueron el amor, la memoria, la ternura feroz.

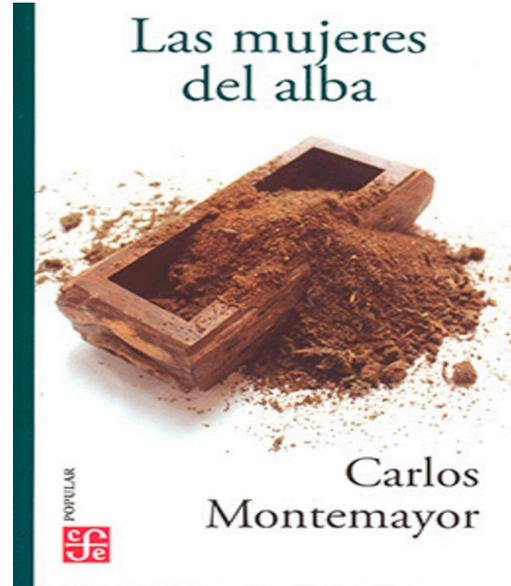
# LA REVOLUCIÓN SILENCIOSA DE LAS MUJERES

Devany Daniela Tena Rodríguez

*El siguiente artículo fue elaborado por una alumna de la Secundaria Estatal No. 3029 "Guadalupe Victoria", ubicada en Madera, como parte de un taller realizado durante las Jornadas de Lectura Carlos Montemayor 2024. Este taller se llevó a cabo utilizando la gaceta elaborada para estas jornadas y se inspiró en el artículo "Nosotras también somos parte de esta historia" de Cristina Carreón.*

El artículo que nos tocó fue "Nosotras también somos parte de esta historia". Nos pareció interesante la participación de las mujeres en los movimientos sociales, que se caracteriza por una lucha permanente contra la violencia de género, la búsqueda de igualdad y justicia. Las mujeres han estado presentes en luchas sociales relevantes, como la Independencia, la Reforma, la Revolución y la lucha por los derechos humanos. Su participación ha sido tradicionalmente relegada a segundo plano.

El acto del asalto al cuartel del Ejército Mexicano en Madera se llevó a cabo por un grupo de guerrilleros conformado por estudiantes, normalistas, maestros y campesinos, liderados por Arturo Gámiz, Pablo Gómez y Pablo Ramírez. Montemayor escribió sobre este tema en una trilogía de novelas testimoniales: "Las armas del alba" (2003), "La fuga" (2007) y "Las mujeres del alba" (2010). Este último, "Las mujeres del alba", rompe con las formas tradicionales de escribir. La obra desafía al lector a que amplíe sus horizontes, a escuchar todas las voces y a reconocer que la justicia social solo se alcanzará cuando todos, hombres y mujeres



nos unamos en una lucha por un futuro más equitativo.

"Nosotras también somos parte de esta historia, aunque nadie lo quiera ver. Nuestras lágrimas, nuestros gritos, nuestras manos callosas que cargan el fusil, también son parte de este legado de lucha y resistencia." Esta frase es pronunciada por Esperanza, una de las mujeres que relatan su historia en el libro. Debemos tomar las palabras de estas mujeres como un llamado de acción, porque al final, como nos recuerda Montemayor a través de la voz de Alma: "La revolución no es solo un momento, es un camino que recorreremos juntas, día a día, construyendo un mundo donde todas podamos vivir con dignidad y libertad."

# PARRAL Y EL ORIGEN DE LAS COSAS EN LA POÉTICA DE CARLOS MONTEMAYOR

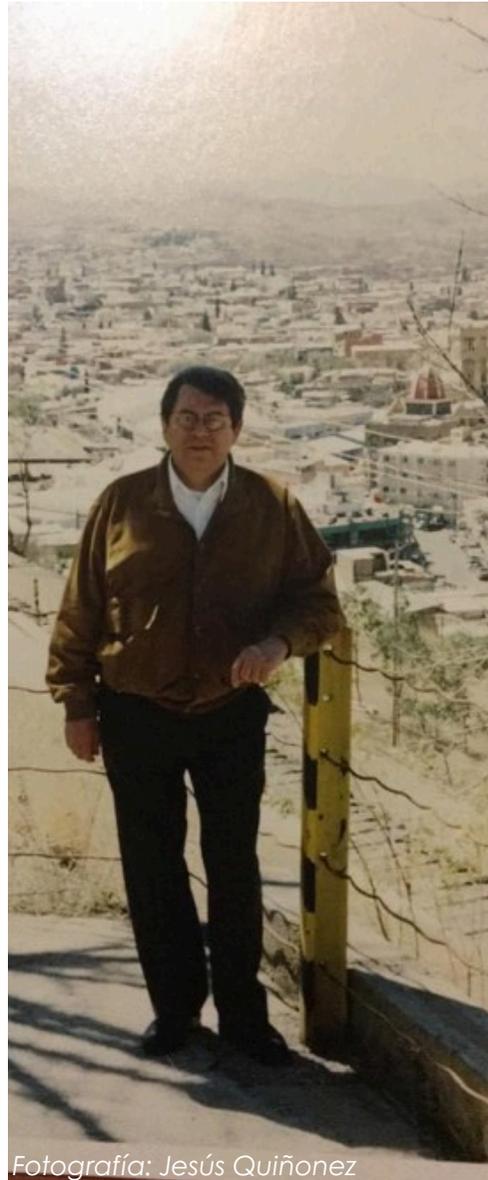
---

Luis G. Prieto Ramírez

Leer la obra de Carlos Montemayor es trasladarse a un pasado conocido y común, a los recuerdos, a la memoria que se mantiene viva a través de lo que uno ve, escucha y siente. Es como una película donde el protagonista es consciente de su lugar en el tiempo, de lo que dejó de ser y existió en otra época. Un homenaje a esos segundos que fueron disfrutados o lamentados, pero que vale la pena traer al presente como leve brisa que golpea en el rostro o ese profundo respiro que oxigena el alma, porque ahí siguen, en un lugar que nadie ha negado.

Quienes radican en Parral y conocen la obra de este célebre escritor podrán estar de acuerdo en que Montemayor tradujo lo que bien amaba en las letras, un ejemplo perfecto de ello es el poema que tituló con el nombre de este pueblo minero que le vio nacer a mediados del año de 1947, Parral, un complejo universo que personas como él han construido por siglos, llevándolo de lo que es finito a la trascendencia.

En dicho texto está el monte de su pueblo, al cual sube para contemplar desde lo más alto sus recuerdos y su vida misma, la casa de su infancia, los mineros saliendo de La Prieta, el río San Gregorio, las huertas de membrillo... todo lo que alguna vez fue la fuente de su inspiración. Ese monte yo lo conozco, pero ya no me es posible observar algunos de los elementos de su narrativa como los trabajadores de la mina o los árboles frutales porque han desaparecido, aún así el río sigue presente, en su trazo seco debido a que no siempre corre el agua.



Fotografía: Jesús Quiñonez



Foto, cortesía de Otto Martizo

Las tardes y sus puestas de sol con tintes anaranjados, rojizos e incluso violetas continúan en el cielo de Parral, con su luz, quizá la misma que percibió el poeta hace décadas, cuando pensaba que todo era posible desde ese escenario que le hacía creer que ahí confluían todas las cosas del mundo.

Su mundo que nos dejó en prosa entre el olor del agua y las hojas. Supongo que ese cielo del que habla Montemayor sí oculta secretos y atrae recuerdos que no son los nuestros, sino de toda la experiencia que se ha acumulado durante siglos y milenios, antes incluso desde que la vida existiera y se materializara en cuerpos definidos.

Ese místico rumor persiste en el Parral, en este cacho de memoria universal que sigue inspirando a los que se dejan abrazar por su viento, su calor y su lluvia, a los que suben al monte de vez en cuando para observar no necesariamente con ojos objetivos, sino con énfasis al pasado y más allá de él, tal vez enfocados en la tierra o el firmamento, donde nada está escrito.

Como otros poetas, el nuestro buscó el origen y lo encontró al contemplar desde las alturas aquello que amaba, lo encontró en Parral y en sus recuerdos, en aquello que estaba frente a él y lo conectaba con el universo. En su terruño.

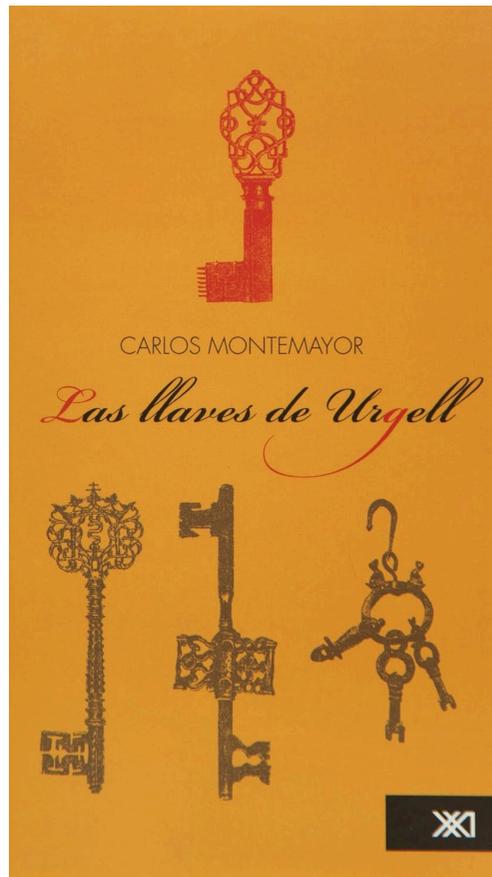
# PARALELISMOS SIMBÓLICOS Y ESPACIALES EN EL CUENTO “NORA” DE *LAS LLAVES DE URGELL* DE CARLOS MONTEMAYOR

Carlos Franco Castillo

Intentar abordar los relatos de *Las llaves de Urgell* es una tarea que implica una lectura de ardua reflexión e interpretación, a pesar de que nos remitimos al primer libro que publicó Carlos Montemayor con tan sólo 23 años de edad, es una de sus obras más complejas, y con el cual ganó el premio Xavier Villaurrutia. En esos cuentos se describe un universo tan hermético que para comprenderlo es necesario despojarlo, como una cebolla, de múltiples capas. Leer *Las Llaves de Urgell* es adentrarnos a espacios en constante transformación y con una enorme carga simbólica, donde el ruido se vuelve música; la muerte, otra vida; la “ficción”, “realidad”; y viceversa. Es explorar las profundidades de la mente humana, en donde el subconsciente celoso guarda los secretos del universo o, a manera de Hermes Trismegisto, donde también conocer ese cosmos es descubrir el pensamiento, porque ambas son un Todo.

Los cuentos de Montemayor nos sumergen a esos mundos paralelos, que quizás sólo sean una invención del escritor o una posibilidad que nos permite asomarnos a ese subconsciente colectivo.

En el cuento de “Nora”, que pertenece a esa antología, nos percatamos de esas dimensiones que trascienden el plano físico, las cuales, para descifrarlas, hay que recurrir, a interpretar sus diversos símbolos o los mitemas de las culturas ancestrales, las cuales han sido de gran utilidad para interpretar, escribir y reescribir literatura.



“Nora” se puede analizar como a los sueños, como si estuviésemos ante una muñeca rusa. A pesar de que no se sabe con certeza el sexo y la edad del narrador, se podría intuir que es una niña, por sus emociones y diálogos, como en el siguiente ejemplo: “Pero soy miedosa. Tengo miedo de mi papá”.

Por otra parte en el cuento se halla la figura del padre, la cual aunque se ha llegado a identificar como un protector en diversas culturas, también se ha asociado con la destrucción, como Cronos quien devoraba sus hijos o el Dios del *Antiguo Testamento*, en cuyos pasajes bíblicos se revelan diversas hecatombes mandadas por este ser supremo, como inundaciones o la destrucción de Sodoma y Gomorra. En el cuento de Montemayor, el papá de la narradora es cruel y despiadado, golpea a su hija, cuando se la encuentra por un nogal viejo. Además, secuestra todos los ruidos en un costal y se los lleva a una cama inmensa. Probablemente, el escritor hizo referencia a la leyenda de “El hombre del saco”, el cual se cuenta que vaga por las calles en busca de niños extraviados para llevárselos dentro de su costal.

Por otro lado, como la niña se encuentra vulnerable, busca refugio en un árbol de durazno, el cual se asemeja a la casa, ya sea por las raíces o al simbolismo de su fruto, como en el taoísmo que se asocia con la longevidad o, como se ha empleado en otras obras, por ejemplo, en la de Roaldh Dalh, *James y el durazno gigante*, en la cual, el protagonista, cansado de la crueldad de sus tías, encuentra un lugar seguro dentro de un enorme melocotón. Desde este sentido, ambas narraciones coinciden en que los protagonistas son menores, que sufren violencia por parte de algún familiar y que se han resguardado en duraznos, como una manera de retornar al vientre.

“Nora” es como un sueño. En el relato se hilan diversas imágenes, entre ellas a un hombre que construye y pinta una montaña, en cuya cima sube una cama gigante y atrapa ruidos para amontonarlos en ese lecho; y una niña que mira a su padre escondida en un durazno.

Los sueños permiten al alma emprender viajes astrales a lugares en los cuales hasta la misma alma de Mortenay transitó y dejó un registró en sus *Cuentos Gnósticos*. Otra característica relacionada con lo onírico es su subjetividad y simbolismo. Montemayor, al escribir este cuento, describe su terruño, desde su subconsciente o, quizás, de manera consiente, pero retornando aun así a ese lugar de su infancia, Parral. La prosa de Montemayor se nutre de descripciones sensoriales, con una composición la cual se vale del diálogo con el subconsciente, la poesía. “Nora” es un relato que representa, en un universo esotérico o fantástico, el paisaje recurrente de la niñez del escritor.

En una entrevista con Silvia Lemus, Montemayor había expresado que: “Yo soy de Parral, Chihuahua, una zona minera, maderera, ganadera. Es un paisaje que ha entrado mucho en mí, en mi vida, en mi pensamiento”. La mayor parte de la obra de Montemayor retrata o recrea a Parral a pesar de que la trama no se desarrolle en ese espacio. Por ejemplo, en el cuento de “Nora”, vemos este paisaje mimético o diegético del Parral en el que vivió Montemayor, porque el actual, ha perdido mucho de sus descripciones poéticas, como el tránsito del río bajo los puentes o la abundante vegetación que se erguía fuera de las casas.

En los cuentos de *Las llaves de Urgell* hay ruidos, muchos de ellos metálicos, como los hubo en Parral cuando funcionaba la mina, en los años en los cuales era una industria esencial para la economía del municipio; también en el cuento de “Nora” hay nogales, como los que proliferan aún en ciertas fincas o ranchos de la ciudad o del río, cuyo caudal recorría el terruño del poeta, cerca de su casa, en el conjunto habitacional de Villa Blanquita; un durazno

que también ha pertenecido a la vegetación de los huertos del pueblo; y una montaña, que siempre ha formado parte del panorama de Parral, ya que por la esa zona se despliega el derrotero de la Madre Sierra Occidental y el de otros cerros.

Probablemente si Parral, fuera sólo en sueños, sería como muchos de esos relatos de las *Llaves de Urgell y los Cuentos Gnósticos*. O, en virtud de que el escritor encontraba a su pueblo en otros lugares del mundo, quizás, logró reencontrar a su ciudad natal hasta en ese universo de dimensiones astrales y oníricas.

En los cuentos de Montemayor, como él lo asevera en la entrevista con Silvia Lemus, el paisaje no es sólo ornamental, sino también es un espejo de nosotros mismo, es decir, el panorama como los personajes son simbólicos y, nos remiten a arquetipos milenarios. En “Nora” vemos a dos antagonistas, muy definidos en la mayoría de las culturas antiguas: la luz y la oscuridad.

El escritor tiende a jugar en ocasiones con el nombre de los personajes, incluso con el suyo, ya que, de su apellido crea un acrónimo: M.O. Mortenay, seudónimo que lleva escrito en otra antología, los Cuentos Gnósticos. En el caso de la narradora y personaje principal, podemos suponer que su nombre es el mismo como se tituló el relato, “Nora”. Nora es un nombre bifronte que en sus dos formas tiene definiciones similares. Nora significa, según su origen griego, “tan bella como el sol o la luz”; al revés, Aarón, en hebreo, se traduce como luz, iluminado o alto; el nombre proviene del hermano de Moisés, el primer sacerdote judío. Además, recordemos que el durazno, en donde se refugia el personaje, simboliza para el taoísmo la longevidad, pero también

la renovación y la luz.

Por el contrario, el padre, que se roba los ruidos, al ser el antagonista, representa la oscuridad. Quizás se relacione también con Hermes, ya que él era el padre de Norax, quien fundó precisamente la ciudad de Nora, en la mitología griega, además de que, al igual que aquel dios olímpico, pertenecen al subsuelo y son secuestradores ya sea de Core o, en el relato de Montemayor, de los ruidos del paisaje. La narradora observa a aquel personaje, como un hombre de actividad nocturna, “En las noches, cuando está subiendo la montaña, mi papá se ve muy oscuro”. Además, este personaje escaba una cueva en la montaña cuando es de día, para meter su cama con sus ruidos, cuyo sitio representa algo opuesto al durazno, o probablemente más que simbolizar la oscuridad, sea una representación de la mina y los ruidos del metal con las piedras, en aquellos años de pesadas jornadas laborales, cuando los mineros sufrían el encierro durante horas dentro de la mina.

Por último, para completar al personaje en su significado contrario a la niña, se queda sin ojos, como Edipo, sólo que a él en vez de arrancárselos se le caen. El ojo simboliza para muchas culturas la luz y la sabiduría, por lo tanto, es un personaje que irremediamente cae en ser una antítesis del otro, por eso también incurre en ser iracundo e irracional, por estar cegado como en las tragedias griegas, por su propia ira o hybris.

Para finalizar. El relato nos habla de esa lucha de la luz y la oscuridad. Nora corre y huye, como lo hace la luz de la oscuridad, se resguarda en el durazno, en la eternidad y la sabiduría, en cambio, el hombre se esconde en la oscuridad de una cueva en el



Foto, cortesía de Otto Martizo

día. Por lo tanto, el lector se encuentra ante dos personajes espejo.

Montemayor nos deja un relato, que ha contado y vivido el ser humano desde su origen en este mundo, el fenómeno astronómico del día y la noche, a diferencia de que este cuento, se desenvuelve probablemente en un Parral metafísico o, al hablar de este poblado, el cuento por sí mismo terminó por ser místico.

Para el escritor, en Parral, justo en el puente Guanajuato, estaba el centro del universo. Ese sitio conecta con la imaginación y el contexto del escritor y de muchos pobladores de su ciudad oriunda y,

con dos orillas de la ciudad, donde serpenteaba un río, el cual reencarna en los días más lluviosos, en ese emplazamiento podemos hallarnos con ese mundo de ensueño o con los elementos reales de esos relatos mágicos.

#### **Bibliografía:**

Montemayor, C. (8 de mayo de 2010). Entrevista a Carlos Montemayor. (S. Lemus, Entrevistador)

Montemayor, C. (2014). *Obras reunidad III. Narrativa breve*. México: Fondo de Cultura Económico.

# “EL UMBRAL DE ABRIL”

José Antonio García Pérez

*Narración lírica con Carlos Montemayor como personaje principal*

Cientos de pequeños nudillos líquidos tocan la ventana de Carlos que despierta temprano, como si el día lo reclamara desde la calle mojada. Aún sin quitarse la niebla de los ojos, y ya desvaneciéndose el sueño del alba, abre la ventana. La lluvia tenue lo reconoce. Parral, gris y húmedo, le responde con su silencio. Baja por las escaleras de su casa sabiendo que esta mañana será distinta y el día empieza por fin, decidido a silbar su canto de soltero.

Y en alguna calle, en alguna puerta o ventana, al sentir la lluvia desde el lecho, alguien más se despierta de entre los escombros de las sábanas, como una luminosa fruta en cuyas piernas quedó olvidada la zozobra de aquel sueño, anclándose en la esperanza de otros sueños, sin duda protegidos en el paso sigiloso de las horas.

Que veloz, que imperceptiblemente rápido es el tiempo, porque a Carlos, al cruzar la puerta, lo espera el mediodía de ese veinte de abril en que lo han venido a buscar.

Ese tiempo en que en su poema asciende con “el aroma del tabaco” y el cuerpo fatigado. Es él mismo, duplicado. El otro Carlos, encanecido por los papeles y la soledad, le extiende una hoja.

—¿Qué olvidaste escribirme? —le pregunta el mediodía, con su tono de brasas apagadas.



Foto, cortesía de Otto Martizo

Carlos no contesta. Sigue caminando hasta el puente. Lluve, aún llueve. Las paredes mojadas, los ojos mojándose, la ropa, la risa, la embriaguez, la viveza de esos minutos le recuerdan la sensación de esta hambrienta pasión por la lluvia. Al fondo, se dibujan los contornos de Citerea, diosa sin dioses, carne sin altar. Ella baila con pies descalzos sobre los charcos, sembrando espigas de palabras no dichas. Montemayor la observa, herido por la belleza que sabe ajena.

—No me hables de amor, sino de los restos que deja —le dice Citerea, y desaparece entre un grupo de niños que levantan molinos de viento con las manos mojadas y los pies como diminutas batutas de carne sobre los charcos.

Esa mañana de abril las calles de Parral lo desvisten de la sombra, abren los brazos de par en par, como amantes que desde hacía miles de vidas no hubieran vuelto a poseerse, y el día es luminoso más que las palabras, más que los cuerpos antes de nacer, antes de caer como cristales salados desde el polvo frágil de los padres.

Racimo de abril, racimo de muchachas en horas de codicia de a medio día, de ciudades como muchachas asustadas que se cubren la cara con el deslumbre solar, que se cubren los muslos con las calles bajo todos los pasos de la vida, y los brazos con el paso del viento, y los ojos con las aves, que se cubren los labios con el silencio, la soledad, la palabra, que se cubren los pechos con la caliente caricia de noches solitarias en el hambre y el hartazgo.

Carlos cruza la plaza y al dar vuelta en una esquina, en aquella calle, aquel perro de ojos humanos, perdido en el día como si amara la ciudad, detenido en una esquina, como una pequeña y tímida escultura. Está mojado, flaco, temblando de frío. Carlos lo reconoce: es el insomnio huérfano, el que ronda sus poemas como un fantasma doméstico.

—Volvamos a casa —le dice el poeta.

Y tuvo un deja vú: jóvenes corriendo asustados, perseguidos por el humo y las balas y los uniformados que lanzaban improperios, pero también balas. Como si quisiera retener para siempre el recuerdo

de ese instante, ese grito del 2 de octubre, la sangre ya no se borra de los muros ni del poema. Una figura se le acerca: es la piedra de Tlatelolco, quebrada como hombre, erguida como memoria. Lo mira sin ojos.

—Aquí nos quedamos todos, Carlos —dice la piedra—. Tus palabras no nos devuelven la vida, pero nos protegen del olvido.

El día se hunde en la plaza, una ciudad vestida de muslos y jacarandas, y un país que canta con la boca llena de silencio.

Entonces, una ráfaga de viento que arde sobre la hierba lo rodea. Lo soplan las letras hebreas: Alef, Beth, Guimmel, figuras de su propia carne escrita. Cada una lo señala. Cada una lo reclama.

—Nos diste nombre, Carlos. Pero ¿quién te lo dio a ti?

El poeta se arrodilla. Toma del suelo la hoja que el Mediodía, su otro yo, le dio. Está en blanco. Al fin lo entiende: el poema nunca fue suyo. Fue de la lluvia, de los cuerpos ausentes, de los fantasmas de abril.

La tarde cae. La noche se anuncia sigilosamente. Él escribe. Pero esta vez, no con tinta.

Con sangre, sí. Con tierra, sí.

Con ese instante que, como dijo una vez, “es imposible entender que no estemos siempre”.

# ENTREVISTA CON CARLOS MANUEL CRUZ MEZA SOBRE EL PREMIO DE CRÓNICA LITERARIA CARLOS MONTEMAYOR

---

Fabiola González

*F: Carlos Manuel, ¿qué representa este premio en tu carrera literaria?*

CM: Es mi quinto premio literario nacional y el segundo que me concede el INBAL. Hace unos años tuve la fortuna de obtener el Premio Bellas Artes Baja California de Dramaturgia Luisa Josefina Hernández 2019. Siempre he pensado que los premios son un gran aliciente para los que, como yo, nos dedicamos a la escritura. Hay muchos autores que gustan de declarar que los premios o las becas carecen de importancia, lo cual me parece un acto de esnobismo de su parte. A mí me satisface que mi obra sea reconocida por mis pares, ya que los jurados son otros escritores que seleccionan una obra presentada bajo pseudónimo. Me brinda una gran alegría que algo escrito por mí tenga este reconocimiento, pues se trata de un galardón muy importante, concedido por una institución dedicada a la cultura a nivel nacional. Constituye un honor recibirlo, amén de que lleva el nombre de un gran periodista, cronista y luchador social como lo fue Carlos Montemayor.

*F: ¿El título del libro es un guiño a Ensayo sobre la ceguera, de José Saramago?*

CM: Por supuesto. Leí hace muchos años la novela de Saramago y me gustó mucho. Cuando escribí esta crónica, tenía en la mente ese título de forma constante, pero necesitaba apropiármelo, darle un nuevo significado. Al modificarlo y adaptarlo, todo se convirtió en un juego literario: un



guiño, un homenaje, una declaración, una forma de condensar el sentido de esta obra. Es un ensayo en el sentido del género literario que busca reflexionar sobre un tema determinado, pero también en cuanto a la preparación que antecede a un evento importante.

*F: ¿Cómo fue el proceso de escritura y cuánto duró?*

CM: Escribir este libro duró varios meses, pues buscaba ofrecer un panorama amplio sobre la relación entre la ceguera, el arte, la historia, el lenguaje. Quería que todo se integrara de manera armoniosa, que fuera una exploración donde la invidencia se convirtiera en el leitmotiv, el sustento, la recurrencia del libro.



La vida es, en gran medida, lo que miramos o lo que no podemos mirar. También aquello que no volveremos a observar: el rostro de un ser amado, un paisaje, ciertos objetos perdidos, nuestro antiguo rostro en el espejo. No ver implica, además, la imposibilidad física de contemplar aquello que podríamos haber visto otra vez. Este libro es un réquiem memorístico por todo lo que se vio y no se verá más. Hay una frase muy manida: desde que nacemos, comenzamos a morir. Yo creo que también comenzamos a perder la vista. A nivel físico, la visión se va deteriorando de manera gradual, a veces natural y a veces patológicamente. Es un viaje solitario y casi siempre triste, que no debe romantizarse. La disminución de la capacidad visual no nos convierte en mejores personas, ni es algo que nos haga “especiales”; al contrario, en muchos casos nos cambia para mal. Es una invalidez, una desventaja y una

pérdida que se lamenta. Por supuesto, hay que enfrentarla, adaptarse, sobreponerse, pero nunca pensar que hay en ello algo positivo. Un gran problema de nuestra época es la obsesión por idealizar o normalizar lo patológico, teñir a las enfermedades o a las discapacidades de un aura de supuesta bendición, que de ninguna manera poseen.

*F: ¿Por qué elegiste la crónica como el género ideal para expresar y explicar este proceso?*

CM: Algunos de los escritores que más admiro y disfruto leer, son cronistas. Uno de ellos es, sin duda, Carlos Montemayor; creo que es uno de los escritores más versátiles de la cultura mexicana. Lo menciono porque, aunque se le conoce principalmente por su quehacer literario, también cultivó muchas otras facetas del arte y la creación.

Como muchos escritores de su época, sus estudios los hizo en Derecho: era abogado. Fue políglota, lo cual te habla de una gran capacidad mental y de un pensamiento profundo, ordenado; hablaba nueve idiomas. Y al igual que otro personaje polifacético, como lo era el ex presidente sonoreense Adolfo de la Huerta, Montemayor era cantante de ópera e incluso grabó un par de discos. Fue periodista, columnista, cronista, narrador, editor, traductor, activista. Uno de mis libros entrañables es Guerra en el Paraíso, en el cual Montemayor utiliza las herramientas de la crónica periodística que se cultivará en el siglo XXI y que ahora está en boga, para escribir la que, a mi parecer, es su mejor novela. Regresando a tu pregunta, en mi caso, he cultivado varios géneros literarios durante mi carrera como escritor: novela, poesía, ensayo, dramaturgia. Pero los géneros periodísticos son los que constituyen la mejor forma de acercarse a ciertos temas. Entre ellos, la crónica me parece una poderosa manera de contar eventos reales utilizando los recursos de la narrativa, el ensayo o incluso la poesía. Desde hace unos años, me he dedicado a escribir libros de crónica, como la Historia de la Muerte en México, un libro que Sképsi publicó durante 2024 en Colombia, y está a caballo entre la crónica y el ensayo. O la novela de terror Crónicas de la Gran Oscuridad, recién aparecida en México bajo el sello de Universo de Libros, que está escrita con los recursos estilísticos de ese género periodístico.

*F: Tú como artista, no sólo de la literatura, sino como fotógrafo, productor de cine y discos, diseñador gráfico y criminólogo, ¿cómo percibes actualmente la literatura, la música, la fotografía y el arte en general?*



CM: Considero que, como en casi cualquier época, hay creadores muy importantes, con propuestas frescas, innovadoras, que sin duda dejarán huella gracias a su obra; hablo de escritores, cineastas, músicos, fotógrafos, pintores, dramaturgos, diseñadores gráficos, actores. En contraste, también nos enfrentamos a la pauperización artística, motivada en gran medida por el desdén de ciertos sectores hacia todo lo que implique un esfuerzo intelectual. Se considera que no vale la pena leer cuando hay “mucho texto”; se abusa de los anglicismos para referirse a conceptos que tienen un término adecuado en español; se busca ver películas fáciles de comprender o con tramas sencillas, cuyo mayor mérito es estar plagadas de efectos especiales; se consume música con letras paupérrimas, que se limitan a la repetición de frases soeces y fomentan la utilización del spanglish.



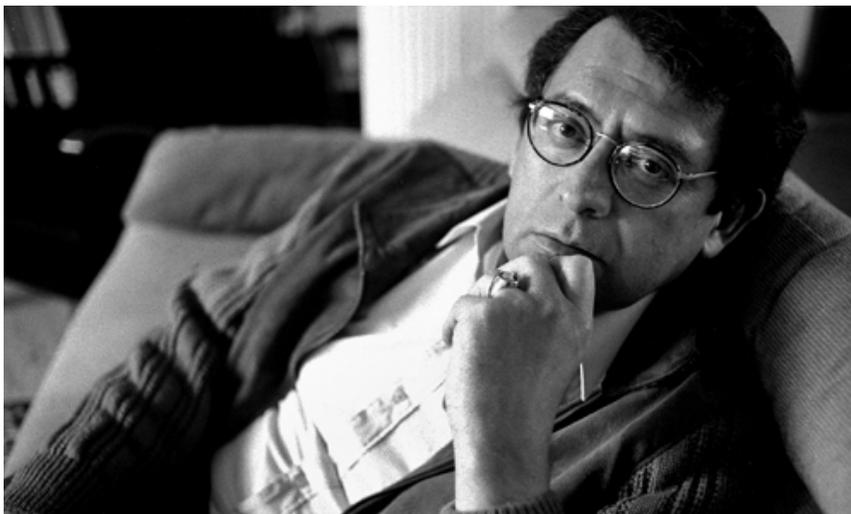
Y lo peor, se critica sin bases o con criterios moralistas, la obra de los grandes creadores del pasado, no por sus defectos o carencias como producciones artísticas, sino por la vida privada de quienes las realizaron. Esta mediocridad de los criterios actuales lleva a defenestrar a artistas de inmenso talento, para rescatar de la bruma a otros cuya obra siempre se quedó en la medianía, pero que revisten el papel de víctimas.

*F: ¿Cómo invitarías al público a leer *Ensayo para mi ceguera*? ¿Por qué debería leerla?*

CM: No puedo juzgar si mi obra es buena o no, eso le corresponde a los lectores y sobre todo, a la posteridad.

Puedo decir que siempre que escribo, lo hago por vocación y apasionamiento. Soy un escritor, esa es mi naturaleza desde que era un niño. Y una de mis reglas personales es que siempre escribo lo que a mí me gustaría leer. *Ensayo para mi ceguera* no es la excepción. No me interesa producir aburridos libros académicos, sino literatura. Obras que cuando las leas, en algún momento te toquen, te hagan conmoverte, reflexionar, identificarte, conocer algo nuevo o recordar algo que habías olvidado. Que, como el buen arte, en algún instante te hablen sobre ti. Con eso me doy por bien servido.

JORNADAS DE LECTURA  
CARLOS MONTEMAYOR  
JUNIO 2025



REVISTA DE CULTURA - CUU

Es una producción de



[vocesdemiregion.com](http://vocesdemiregion.com)



Voces de mi Región



[vocesdemiregion](https://www.instagram.com/vocesdemiregion)



6141553031



[vocesdemiregion@live.com.mx](mailto:vocesdemiregion@live.com.mx)